

ESQUEMA - ÍNDICE

FE Y CULTURA EN EUROPA AL FINAL DE UN MILENIO

Conferencia de Mons. Joseph Doré, P.S.S. Arzobispo de Estrasburgo. Texto del autor.

DORÉ, Joseph. "Foi et culture en Europe à la fin d'un millénaire".
LA DOCUMENTATION CATHOLIQUE. 2144 (1 et 15 décembre 1996) 789-797.
[PONTIFICIO CONSEJO DE LA CULTURA. Coloquio. Madrid, 23-24 octubre 1995].

I. RASGOS FUNDAMENTALES DE LA CULTURA

- 1.- El tríptico constitutivo
- 2.- Las "condiciones" de la cultura
 - a) La cultura está en la humanidad.
 - b) La cultura está en la historia
 - c) La cultura está en la finitud

II. APORTACIONES MAYORES DE LA FE CRISTIANA A LA CULTURA

1. Tres "buenas noticias"
 - a) Dios como Amor salvador
 - b) El mundo como creación y el tiempo como historia
 - c) El hombre como persona y la humanidad como pueblo
2. - Las condiciones de la aportación
 - a) Arraigo y universalidad
 - b) Contestación y realización
 - c) Encarnación y salvación
 - d) Recibir para aportar

III. RESPONSABILIDADES DE LA FE CRISTIANA EN LA CULTURA EUROPEA EN ESTE FIN DE MILENIO.

1. Evoluciones significativas de la cultura contemporánea
 - a) Primera constatación: el mundo se ha encerrado sobre él mismo
 - b) Dios parece haber perdido toda credibilidad
 - c) Incluso el hombre está en peligro
2. Tareas para la fe cristiana en este fin de siglo
 - a) El reconocimiento del hombre
 - b) La novedad de Dios
 - c) La responsabilidad con respecto al mundo

FE Y CULTURA EN EUROPA AL FINAL DE UN MILENIO

Conferencia de Mons. Joseph Doré, P.S.S.
Arzobispo de Estrasburgo.
Texto del autor.

DORÉ, Joseph. "Foi et culture en Europe à la fin d'un millénaire".
LA DOCUMENTATION CATHOLIQUE. 2144 (1 et 15 décembre 1996) 789-797.
[PONTIFICIO CONSEJO DE LA CULTURA. Coloquio. Madrid, 23-24 octubre 1995].

El Consejo Pontificio para la Cultura ha organizado en Madrid los días 23 y 24 de octubre de 1995, un Coloquio en el que Mons. Joseph Doré, director del Departamento de Investigación del Instituto Católico de París y consultor de ese Consejo Pontificio, ha pronunciado la siguiente conferencia.

"Fe y Cultura en Europa al final de un milenio": al proponer este título para mi exposición, ¡los organizadores del Symposium han abierto con creces el campo de mis exploraciones...! ¿Demasiado ampliamente quizás? No me esforzaré menos en honrar mi cuaderno con responsabilidad, con riesgo, pero claro está, haciéndolo a grandes rasgos y *per summa capita*. Para ello he previsto tres partes, pero diferentes en extensión.

Puesto que se trata de hablar de las relaciones entre fe y cultura, importa que comience precisando qué rasgos principales quisiera considerar en este aspecto, y por qué, respecto a lo que se llama "la cultura".

Esto será el objeto de una Primera Parte, que tendrá el alcance y por tanto la importancia de una verdadera "entrada en materia", pues, al hablar así de la cultura, se tratará para mí de precisar los "sectores", "competencias", o "campos", en los que la fe parece, de manera especial, que está llamada a probarse de forma más particular.

De ahí pararé a una Segunda Parte, cuyo propósito será el de despejar sobre qué puntos esenciales y cómo, la fe cristiana ha sido, de hecho y en tanto que tal, generadora de cultura.

Evidentemente no trataré el conjunto del mensaje cristiano. Intentaré solamente poner al día algunos rasgos específicos, algunas aportaciones históricas esenciales de la fe cristiana a la cultura, de la forma en que la habré presentado anteriormente, en mi primera parte.

Pasaré después a una Tercera y última Parte, cuyo objetivo será hacer ver sobre qué puntos, y en qué condiciones, estas aportaciones del "cristianismo" a la "cultura" en el pasado, son susceptibles de continuarse, e incluso de desarrollarse en el contexto cultural que es el nuestro, en Europa, al final de este milenio.

Es evidente que principalmente en esta Tercera Parte -pero en cuanto que se sitúa precisamente después de las otras-, la que, desde el punto de vista que se me ha pedido adoptar en esta exposición, podré aportar de una manera más precisa mi contribución a la reflexión general de este symposium sobre "la fe cristiana, creadora de culturas para el Tercer Milenio".

I. RASGOS FUNDAMENTALES DE LA CULTURA

Puesto que se trata para mí de dar mi opinión sobre la cuestión de las relaciones entre fe cristiana y cultura contemporánea, conviene que, aunque sea brevemente, comience por hablar sobre la propia cultura. No se trata de imponerme como tarea la de dar una definición. En sus obras bien conocidas, los etnólogos A. L. Kroeber y C. Kluckhohn han propuesto más de 160 de estas definiciones¹: ¿para qué añadir más? Más modestamente, y más útil, así lo espero, me contentaré hablando sobre dos puntos: por una parte presentaré lo que yo llamo el "tríptico esencial", por otra parte señalaré lo que se puede considerar como "condiciones" de la cultura.

En un artículo reciente mi colega Claude Geffré, aunque sin aventurarse a dar una definición de cultura, anota lo que sigue: "Se refiere sobre todo a un cierto sistema de valores y de referencias que llevan a modos de vida"². Y después cita *Gaudium et spes*, 53.

Continúa mostrando, "en un plano más reflexivo", precisa él, que en consecuencia "toda cultura tiene necesariamente una relación privilegiada con la vida, la historia, la ética y la religión", antes de proseguir y de explicitar, punto por punto, cada uno de esos cuatro elementos. Por mi parte, es desde ahí desde donde quisiera partir, para presentar lo que yo creo significativo llamar el "tríptico constitutivo de la cultura."

1.- El tríptico constitutivo

Histórica y estructuralmente a la vez, sí puedo decirlo, la cultura, toda cultura se presenta como una manera de articular tres "datos" primordiales: el hombre, el mundo y Dios. Dicho esto, no tengo la intención ni la impresión de ser original; pero pensando bien, después de nuestras reflexiones, deseo: 1) poner el acento, sobre la cultura, en lo esencial, la estructuración, lo constitutivo; y 2) estar atento al orden que se puede reconocer (o poner) entre los diferentes elementos estructurales puestos al día.

a) Sea como sea es del *hombre* desde donde se puede y se debe partir cuando se quiere dar cuenta de lo que es la cultura. En efecto, toda cultura manifiesta al hombre precisamente como hombre, dentro de su medio ambiente mundano y del conjunto de condicionamientos, contrariedades y necesidades que este último conlleva. Es por medio de un conjunto de producciones de creación del orden del lenguaje, intelectual, artístico, social, etc., como el hombre se manifiesta y se distingue en cuanto hombre en este mundo.

¹ Ver F. BOUSQUET. Clarifications de vocabularire. *CATÉHÈSE* 114 (febrero 1989) 7.

² CL. GEFFRÉ. "La rencontre du christianisme et des cultures". *LE SUPPLEMENT*. Revue d'éthique et de théologie morale. (marzo 1995) 71.

En lo que llamamos globalmente “la naturaleza” en sentido material y cosmológico, el “fenómeno humano” se distingue así por aquello que hace surgir de la cultura, o sea, realizaciones multiformes, no necesarias por las condiciones y determinismos inmanentes a la estructura de la materia y a la evolución de los reinos vegetal y animal, sino nacidos de una iniciativa y regidos por una instancia que se presenta como “de otro orden”. De ahí, que la cultura aparece como perteneciente, se puede decir, “del hombre” y “para el hombre”. Es a la vez el fruto, el medio y el signo de la “trascendencia” del hombre. Si se ha podido decir que a escala individual “el estilo es el hombre”, también se puede afirmar de la misma manera, en el plan de la especie, que “la cultura, es el hombre”.

b) Haciendo la prueba, de su relativa trascendencia, por medio de su misma cultura con respecto al mundo que lo rodea y en donde tiene su morada, el hombre no se desprende, sin embargo, de este mundo. En realidad, la cultura es para el hombre, el medio -mejor dicho el conjunto de medios- que se da para habitar el mundo arreglándolo, administrándolo tanto como es posible, tomando la iniciativa con respecto a él, pero sin que por ello pretenda dejarlo o abstraerse de él, sino lo contrario.

Así el *mundo* se comporta como un elemento estructurador en lo que llamamos cultura. Si no hay cultura sin hombre, de igual manera no hay cultura sin el mundo, precisamente porque el hombre es mundano y no cesa jamás de serlo. Evidentemente hay que precisarlo: el mundo que aparece así como constituyente de la cultura es precisamente el mundo en el que el hombre no ha podido existir y *realizarse* sin intervenir y por tanto sin imprimir su sello, sin transformarlo. O sea, el “mundo” de la “cultura”, es el mundo “humanizado”... en la medida en que puede serlo.

c) Existir en el mundo precisamente como hombre, existir en el mundo rigiéndolo tanto como se pueda, el hombre sólo puede hacerlo en función de un *proyecto* que se da y se formula a sí mismo. Proyecto cuya definición, así como su puesta en práctica, supone elecciones que, a su vez, no pueden ser realizadas sino en función de una escala no sólo de eventualidades posibles, sino de evaluación efectiva de esas eventualidades, y por lo tanto en función de valores.

Así la humanidad del hombre, y por tanto su cultura, no sólo se traducen en las modalidades particulares de habitabilidad y arreglo del mundo, sino igualmente y por las maneras de hacerlo en nombre de algo que el mundo como tal no da: en nombre de algo que sobrepasa el mundo y lo trasciende. La cuestión está evidentemente en saber si la *trascendencia* que está aquí en juego, es solamente la que ya está inscrita en el hombre mismo, la que se manifiesta concretamente en el orden ético humano e interhumano (respeto de la humanidad y de lo humano en sí mismo y en todo hombre, hablando como Kant); o bien si es el resultado de un orden de realidades y de una Realidad que trasciende el mundo y el hombre, y que por eso, pueden ser invocados de una manera o de otra para darles un sentido –o mejor dicho: como dándoles un sentido– al uno y al otro. Evidentemente no es lugar para extenderse sobre este punto, pero no se puede, sin duda, negar que en todas las culturas históricamente conocidas, la religión ha representado, de hecho, un elemento esencial, hasta el punto de considerarla la mayoría de las veces como su alma. Joseph Ratzinger ha podido decir: “En efecto, es

fundamental en las grandes culturas, decir cómo interpretan ellas el mundo con el fin de ordenarlo a lo divino"³.

2.- Las "condiciones" de la cultura

Para caracterizar la cultura, no basta con descubrir la estructura fundamental; ni tampoco bastará con detallar los numerosos elementos constituyentes. Hay que tener también en cuenta las circunstancias condicionantes en las que esta estructura general y sus elementos más o menos decisivos "funcionan" de hecho. Presentaré lo esencial de estas condiciones con la ayuda de tres sencillas fórmulas:

- la cultura está en la humanidad
- la cultura está en la historia
- la cultura está en la finitud

a) La cultura está en la humanidad.

Si estamos autorizados, ciertamente, a hablar de la "cultura" (en singular), no por eso hay que olvidar que la cultura no existe de hecho sino bajo una pluralidad de formas bastante diferenciadas unas de otras: se puede y se debe hablar bien evidentemente *de las* culturas humanas o de culturas del mundo. No son, en efecto, innombrables las maneras por las que los pueblos y las épocas han comprendido y organizado el conjunto de elementos por los cuales se ha percibido la condición humana, ha organizado las relaciones individuales y colectivas en el mundo, ha jerarquizado los valores, comprendido lo divino, etc., etc. Porque está "en la humanidad", la cultura es tan diversificada como la humanidad misma, según la inmensa variedad de su extensión en el tiempo y en el espacio.

Y sin embargo, cuanto más cultivada está la humanidad, y por tanto cuanto más aparece, de cierta manera diversa, más se percibe y está llamada a percibirse también y correlativamente como una. Dicho de otra manera, por muy enriquecida que esté por su particularidad misma, la cultura, toda cultura, es por sí misma y como tal remitida al universal humano. Si "el encuentro de culturas es posible", es precisamente porque "el hombre a pesar de todas sus diferencias de su historia y de su comportamiento social, sigue siendo un solo y mismo ser"⁴.

b) La cultura está en la historia

Al menos en nuestra fase de la historia de la humanidad, la cultura se presenta en primer lugar como una herencia, como un patrimonio, y, por tanto, la referencia a una tradición y a un pasado es incontestable. Correlativamente, una cultura no puede mantenerse a través del flujo del tiempo y de las devaluaciones que conlleva ineluctablemente, sino transmitiéndose, consiguiendo que se transmita. Así, dependiente constitutivamente de un pasado, pero también referida a un futuro, cada cultura solo existe en condición de historia.

³ J. RATZINGER. "Le Christ, la foi et le déficit des cultures", *LA DOCUMENTATION CATHOLIQUE* 2120 (16 juillet 1995) 700.

⁴ *Ibid*, p. 701.

Incluso hay que añadir que no se perpetuará sino con la condición de que pueda transmitirse por y en actos y producciones que sean ellas mismas históricas; ahora bien, de hecho no lo serán si no realizan ellas mismas dos tipos de condiciones ligadas a la historia. A saber: que, por una lado, se abran efectivamente a la historia haciendo posible el futuro; y que, por otra parte, sean el resultado de un pasado y referidas a una tradición abiertos ellos mismos a una sucesión, capaces de suscitarla y de sostener su despliegue.

c) La cultura está en la finitud

Estando en la historia, toda cultura está por tanto en la finitud. No se puede olvidar que las culturas no son ideología pretendidamente pura: están ligadas a condiciones económicas, sociales, políticas que influyen considerablemente no sólo en su forma de funcionar sino hasta en la misma existencia. No es necesario profesar el materialismo histórico y/o dialéctico para admitirlo: ¡cuántas de entre ellas han desaparecido de la historia con el paso de los siglos, porque no estaban aseguradas las condiciones materiales para sobrevivir o para trasmitirse! Valery tenía su fundamento, bien lo sabemos, para recordar a las civilizaciones que todas ellas, son mortales.

Además que hay que contar con otro tipo de límite y de amenaza: las que se derivan de la debilidad de los hombres. Es ciertamente paradójico y totalmente intolerable tener que hablar de “cultura de muerte”... y ¡sin embargo! La cultura evidentemente sólo tiene sentido como promoción del hombre, de su dignidad, de sus diversas potencialidades. Pero sabemos bien, e incluso lo vemos con nuestros propios ojos, que la iniciativa del hombre, en virtud de los diversos intereses e incluso de supuestos ideales, puede dañar gravemente a la humanidad, tanto con referencia a los individuos como a la especie. Culturas enteras pueden estar amenazadas con desaparecer por las guerras ocasionadas por la intolerancia e incluso a la locura asesina de poblaciones rivales...

El final de este segundo milenio es particularmente significativo en este aspecto, y es una de las razones que fundamentan la pregunta qué es lo que la fe cristiana es susceptible de aportar a la “cultura” del presente. Pero antes de abordar lo que será una tercera Parte de esta exposición, conviene mirar más de cerca – en una segunda Parte – lo que de hecho, históricamente, la fe cristiana ha podido aportar ya a la cultura de los hombres.

II. APORTACIONES MAYORES DE LA FE CRISTIANA A LA CULTURA

Tres precisiones merecen citarse antes de entrar en materia. Primero, como se impone, yo no disociaría la fe cristiana del Antiguo Testamento, en cuyo ambiente nació. A continuación: si empleo la palabra cultura en singular, no es que pierda de vista lo que he dicho sobre la pluralidad de culturas en la historia; solamente es que quiero considerarlas bajo el aspecto en el que todas se comunican por el deseo común de expresar y de servir a la humanización de la única humanidad. Por último: preciso que los puntos sobre los que interrogaré a la fe bíblico-cristiana para saber lo que ha aportado a la humanidad en el plan cultural serán, ni más ni menos, los que nos han parecido, por otra parte fundamentales para toda cultura, a saber: el hombre mismo, el mundo y Dios.

Cuando haya puesto así al día cómo se detallan las aportaciones de la fe bíblico-cristiana –lo que haré con el título: “Tres buenas noticias”- intentaré precisar “las condiciones de su aportación “(de la misma manera que en la Primera Parte, después de haber despejado las tres ventanas del tríptico constitutivo de la cultura, traté, en un segundo tiempo, las “condiciones” de la cultura).

1. Tres “buenas noticias”

Es un hecho que no solamente se puede presentar muy bien la fe cristiana y sus aportaciones en referencia a los tres elementos que yo he llamado el tríptico constitutivo de la cultura, sino que también, procediendo así, nos damos cuenta que ganamos en dos aspectos: por una parte vamos perfectamente al corazón de la revelación bíblico-cristiana, y, por otra parte, al mismo tiempo se pone al día, cada vez algo que representa lo específico cristiano, algo específico de tal interés que he creído poder llamarlo un conjunto de “buenas noticias”

a) Dios como Amor salvador

Si el primer elemento constitutivo de la cultura se refiere al aspecto humano, cuando pasamos a la fe bíblico-cristiana, lo primero, por el contrario, es Dios. Allí donde, en efecto, la cuestión de lo trascendente y de lo divino no se perfilaba sino al término de interrogaciones y de búsquedas para dar sentido a la vida organizando más o menos bien el mundo, ahora vemos a Dios tomar la iniciativa, volverse él mismo hacia la humanidad, ir al encuentro y al conocimiento de los hombres. El cambio y, por consiguiente, la aportación son importantes.

Los hombres ya no tienen sólo que interrogarse, con riesgo siempre de idolatrar sus propios fantasmas y de considerar sus deseos como realidades. Ahora, el Absoluto que presentan, y pueden eventualmente afirmar, no es impersonal, lejano, inaccesible; con más razón todavía no es el “*tremendum et fascinans*” que inspira “miedo y temblor”. Aparece como próximo conservando su misma trascendencia y santidad, y misericordioso sin ser menos la exigencia de su voluntad. Con Jesucristo culmina esta proximidad y esta misericordia, puesto que en el hombre de Nazaret, el mismo hijo de Dios se ha hecho presente en nuestra historia y en nuestra vida, ha cargado con nuestros sufrimientos, nuestro pecado y nuestra propia muerte; y por eso ha abierto a los hombres el camino de la salvación que es liberación de todo mal, resurrección y vida eterna, participación misma de su propia filiación divina.

Sería un error no considerar tal anuncio como una buena noticia para la cultura... como si, en resumidas cuentas, Dios no conociera al hombre sino fuera o “más allá” de su cultura. ¡Nada más lejos de la realidad! En efecto, hay que reconocerlo: el interrogante sobre el Absoluto, el deseo de Dios, nacen, ya lo hemos dicho, sea la que sea la respuesta que se dé, del corazón mismo de la cultura como tal.

b) El mundo como creación y el tiempo como historia

Si la primera buena noticia se refiere a Dios, al que anuncia como Amor Salvador, la segunda concierne al mundo y al tiempo del mundo. El mundo es revelado como *creación*: este mundo en donde Dios se revela salvador por amor a través de todo

el Antiguo Testamento, y de forma suprema y definitiva en Jesucristo, no aparece en primer lugar como un entorno más o menos hostil en el que el hombre debería esforzarse por ejercitar su dominio sin dejar de temer su "poderío". El Dios bíblico cristiano puede salvar a la humanidad y a su mundo precisamente porque ÉL es el creador de los dos y el que ha sometido el segundo a la primera, recibiendo así misión y poder para arreglarlo.

Lejos de ser malo, lejos de ser un lugar de perdición del que el hombre debe prevenirse y del que al final habrá que desprenderse, el mundo es radicalmente bueno. Por tanto, no bastará a satisfacer la búsqueda de trascendencia del hombre, pues es radicalmente contingente, finito, mortal. Pero no hay que agobiarse por ello puesto que un Dios Amor, que ha creado el mundo y la humanidad, ha concebido, al crearlos, el designio de salvarlos.

Correlativamente hay que comprender que, igual que el mundo y el hombre han empezado, también terminarán. Más todavía: igual que vienen de Dios, también, van a Dios. Hay, por consiguiente, una *historia*, y va a alguna parte: que tiene un sentido. El tiempo no gira indefinidamente sobre él mismo y tampoco va, a la nada: ha llegado a ser una historia, y una historia finalizada. Se abre, pues, la posibilidad de una esperanza. Y si hay un juicio, hay que comprenderlo en referencia al proyecto de conjunto que Dios ha querido: realizar con su creación, en un designio de salvación, una alianza tanto más indefectible, cuanto que en Jesucristo, ha sido renovado y eternizado a la vez.

c) El hombre como persona y la humanidad como pueblo

Una tercera buena noticia se deriva de las otras dos, y concierne al hombre mismo. Lo sabemos, el Antiguo Testamento ha tenido en cuenta al pueblo antes de tener en cuenta al hombre, y al pueblo elegido lo ha considerado antes que al conjunto de la humanidad. Sin embargo, con el paso del tiempo, ha ido progresando hacia la buena noticia que también debía culminar en Jesucristo. Según la fe en Cristo, no hay privilegio para ningún pueblo ni nación; no hay ni hombre ni mujeres, ni esclavos ni maestros (Ga 3, 28). Hay una *única humanidad*: de la que el propio hijo de Dios se ha hecho totalmente solidario por su encarnación redentora, y el único Espíritu Santo ha reunido en un solo Pueblo de salvados y de vivientes, y en el que el único Padre conduce los destinos hasta el cumplimiento escatológico de su Reino.

De este único pueblo, cada miembro es, a su vez, único. Conocido y llamado por su nombre, cada ser humano, sea el que sea, es la imagen de Dios, compañero de alianza con él y, por ese título, *persona*. Y eso, hay que precisarlo, en la unidad viviente e indisoluble de lo corporal, de lo psíquico y de lo espiritual.

Tales son las "buenas noticias", que, en su especificidad, la fe bíblico-cristiana ha aportado a la cultura humana. Pero, para tener una medida más exacta, hay que precisar las *condiciones* a las que han podido, y pueden, efectivamente, presentarse como una *aportación* para esta cultura. Volveré sobre ello.

2. - Las condiciones de la aportación

Una cosa es el anuncio o la proposición que hace la fe cristiana, y otra cosa es la aportación que puede representar para la cultura, para las culturas, para tal cultura. Que

una tal aportación se realice supone varias condiciones, de las que hay que ser bien consciente. Indicaré cuatro que parecen esenciales. Pueden ser presentadas rápidamente.

a) Arraigo y universalidad⁵

Hay que evitar considerar las relaciones de la fe y la cultura o las culturas como si la fe fuera, como tal, extranjera a toda cultura y como si, por otra parte, la cultura fuera por definición indiferente, incluso hostil, a la fe, a toda fe. Lo que sucede es todo lo contrario. La fe sólo se presenta como *arraigada*, expresada, encarnada en una cultura. Es precisamente la condición para que pueda ser otra cosa, en definitiva, que una vaga inspiración individualista, desprovista finalmente de realidad.

Esto no quiere decir que la fe sea incapaz de comunicarse. Significa, al contrario, que está en posesión del verdadero compañero para hacerlo, y que efectivamente puede hacerlo cuando entra en juego el diálogo y la comunicación con todas las culturas que encuentra, haciendo actuar a la vez su propio potencial de *universalización* y la tensión hacia lo universal que caracteriza a toda cultura precisamente como humana y humanizadora.

b) Contestación y realización

Proponiéndose a las culturas humanas, alcanzándolas en el punto en que están intrínsecamente abiertas a la universalidad humana, la fe cristiana las alcanza en aquello de lo que ya son portadoras y que las colocaba en espera de lo que ahora les acontece. En este sentido, la fe aporta a las culturas una *realización*, tan trascendente como ésta es con respecto a sus propias virtualidades intrínsecas.

Por otro lado, no es dudoso, sin embargo que en la medida en que las culturas están marcadas por el pecado, en la medida en que, independientemente incluso del pecado, se ven invitadas a superarse, a aceptar dejarse llevar por encima de ellas mismas para recibir, por otra parte, su propia realización, en esta misma medida, las culturas no se descubren solamente realizadas sino *contestadas* por la fe. Dicho de otra manera, si ciertamente se inscribe en la continuidad de lo que viene a perfeccionar, su realización no se hace sin ruptura. La conversión condiciona su acogida.

c) Encarnación y salvación

Si ahora nos preguntamos por el proceso por el que se pasa del arraigo a la universalidad y se llega a la realización por la ruptura, la respuesta es sencilla: el proceso es cristológico.

Primero es cristológico porque está bajo el signo de la *encarnación*: es concretamente implantándose, encarnándose, tomando cuerpo en una cultura extranjera dada, donde la fe se realiza. Pero esto supone que ambas permanecen en la unión llevada a cabo: que los franceses sigan siendo franceses al hacerse cristianos e igualmente los demás.

⁵ Título del nº 4 de los *Cahiers de l'Institut Supérieur de Pastorale Catéchétique*. Ed. Desclée. Paris, 1989.

Y es cristológico además porque está bajo el signo de *la Pascua*. Todas las obras de este mundo, y, por tanto todas las realizaciones de las culturas humanas, son finitas y mortales. Su único triunfo último tiene que estar, por lo tanto, condicionado por la travesía de la muerte, a través de una pascua en la que la muerte es reconocida y asumida como camino hacia la resurrección.

d) Recibir para aportar

Propiamente hablando, esta cuarta y última condición no se añade a las anteriores, más bien atraviesa a las tres. En cierto sentido incluso condiciona su efecto. ¡Para poder *aportar* algo a las culturas en los tres planes señalados, la fe cristiana debe aceptar, por su parte, *recibir* algo!

En efecto, es con esta (nueva) condición como la fe podrá arraigarse con vistas a contribuir a la universalización, como llegará a poder discutir de manera que permita efectivamente su realización, que podrá encarnarse de manera que se abra a la salvación. La fe de los Apóstoles, nacida en contexto judío, cuando quiso *expresarse* en el medio helenístico tuvo que aceptar recibir los recursos del nuevo campo cultural que abordaba. Es precisamente por lo que los Padres, reunidos en el concilio de Nicea, no temieron el recurrir al famoso y (¡controvertido!) *homo-ousios (consubstantialem Patri)*, (Primer Concilio Ecuménico, 325) que consiguieron dar a la fe en Cristo su justa y adecuada formulación. Esta "lección", de los primeros siglos cristianos, que primero fue para la fe eclesial una condición tanto de extensión como de profundización, ha permanecido válida a través de los siglos. Los cristianos de hoy, los pastores, tanto como los teólogos, también deben acordarse.

Acabo de presentar sucesivamente, en una Primera Parte, lo que he llamado las características fundamentales de la cultura y, en una Segunda Parte, lo que creo pueden ser las aportaciones mayores de la fe cristiana a la cultura. A estas alturas, se puede pensar legítimamente que lo esencial está dicho, de la relación de la cultura con la fe y de la fe con la cultura. Ya que, por un lado, si lo que ha sido expuesto respecto de la cultura es pertinente, también lo será para toda cultura de cualquier época, y por lo tanto, también para la cultura de nuestro tiempo: para la cultura de este fin del segundo milenio. Y por otro lado, no se ve lo que podría cambiar desde el punto de vista de la contribución de la fe a la cultura, cuando se han precisado los puntos por los que la primera puede, con ciertas condiciones bien precisas, realizar la segunda. Dan ganas de decir: es necesario y suficiente que se cumplan esas condiciones, y las aportaciones indicadas se conseguirán lógicamente.

Pero las cosas no son tan sencillas. Pues si, ciertamente, la fe permanece ella misma y es susceptible de proponer las mismas aportaciones a la cultura de hoy, no es exactamente lo mismo respecto a la cultura. No faltan, en efecto, voces para afirmar cambios radicales en la evolución contemporánea de la cultura. En la medida en que esto tiene un fundamento, resulta naturalmente que son necesarios, al menos, verificaciones y ajustes, incluso revisiones y transformaciones. En esta perspectiva es en la que vamos a reinterrogarnos en la Tercera y última Parte de esta conferencia.

III. RESPONSABILIDADES DE LA FE CRISTIANA EN LA CULTURA EUROPEA EN ESTE FIN DE MILENIO.

¿Qué evoluciones significativas convendría localizar en la cultura europea de este fin de milenio? ¿Qué responsabilidades incumben en ese caso a la fe cristiana en función de estas evoluciones? Esa es la pregunta en la que ahora estamos.

Analizando la cultura "en general", he creído poder reconocer tres elementos fundamentales: el hombre, el mundo y Dios. Volviendo después hacia la fe cristiana, he creído poder establecer que sus mayores aportaciones a la cultura se determinan en estos tres mismos planos pero en un orden diferente: Dios, el mundo, el hombre. Si ahora nos interrogamos sobre la cultura de este fin de milenio, la coherencia impone que se examine qué ha sido de los tres elementos identificados anteriormente, como constitutivos de la cultura. Pues parece que han evolucionado de tal forma que su disposición se ha modificado, y que ahora habrá que considerar esta secuencia:

- 1) el mundo,
- 2) Dios,
- 3) el hombre.

En esta tercera Parte, me propongo precisamente: tener en cuenta, en primer lugar, según esta aproximación, las evoluciones significativas de la cultura contemporánea y, después, examinar las tareas que se derivan para la fe cristiana, si quiere tener la posibilidad de continuar, aunque sea de una manera nueva, sus aportaciones a la cultura humana.

1. Evoluciones significativas de la cultura contemporánea

Parece que se pueden caracterizar así las evoluciones significativas de la cultura contemporánea:

- El mundo se ha encerrado sobre él mismo;
- Dios parece haber perdido toda credibilidad;
- El mismo hombre está en peligro.

a) Primera constatación: el mundo se ha encerrado sobre él mismo

Nadie puede negar que una de las características fundamentales, incluso la característica fundamental de la cultura moderna está constituida por la *ciencia*, por las ciencias, y ante todo por la ciencia de la naturaleza, que aparece todavía hoy como el "paradigma de la cientificidad".

Pues bien, ¿cual es "la idea directriz" de la ciencia de la naturaleza? Jean Ladrière responde que "consiste en contemplar la realidad concreta a través de modelos ideales enteramente reconocibles por medio de objetos matemáticos. Esta idea tiene su fundamento en una presunción fundamental, a saber, que la naturaleza posee ella misma las razones que dan totalmente cuenta de las propiedades que manifiesta, que está por lo tanto habitada *por una inteligencia puramente intrínseca*; y que, además, esta inteligibilidad, por lo demás, la naturaleza es comprensible de parte a parte según la manera de comprensión ofrecida por la representación que la moldea. Esta suposición implica que la naturaleza es considerada como un dominio de la realidad cerrada sobre ella misma, autoconsistente, y, por otra parte, induce en concepto de intención

fundamental, el proyecto de la constitución de una teoría englobadora, que podría proporcionar una representación de la naturaleza en su totalidad”⁶.

Pero el relevo de la ciencia lo han tomado *las técnicas y la tecnología*, que explotan lo adquirido por la ciencia en el terreno teórico, aplicándolo prácticamente al campo de la objetividad material. Ahora bien, aquí también se han constituido una relación al mundo y un mundo caracterizado por lo que se podría llamar una auto-inmanencia sistemática, pues “la tecnología se desarrolla sistemáticamente a partir de ella misma, proponiéndose nuevas tareas derivadas de lo que ella ya ha instituido”.

El presupuesto, incluido en el proyecto de conquista del saber que constituye la ciencia, de un progreso ilimitado que eliminará todo el no-saber, se encuentra a su vez prolongado y confortado por otro presupuesto: el de un dominio creciente de los elementos del mundo y de las condiciones de vida del hombre. El universo de la técnica estima que aporta a sí mismo, a la misma vez, “los recursos capaces de asegurar su crecimiento, los principios de su construcción y las justificaciones que los hacen pertinentes”⁷.

Mutatis mutandis, se puede seguir sin dificultad la constante por parte de la política, con el Estado moderno. Pues la idea que se encuentra en el principio de la democracia es que “el cuerpo político, constituido por el conjunto de los ciudadanos, decide soberanamente las instituciones que él mismo se da, en función de los valores sociales que reconoce como reguladores”⁸.

En cuanto a la *economía* y al *arte* se pueden hacer iguales constataciones. Es siempre en términos de crecimiento como se razona en economía, y la idea directriz es aquí la de una producción capaz de mantenerse indefinidamente por sí misma. En cuanto al arte, tiende a constituirse cada vez más no de la referencia a significaciones que van más allá de sus realizaciones propias, sino pura y simplemente de la organización intrínseca e inmanente de sus mismas formas.

b) Dios parece haber perdido toda credibilidad

Evidentemente, esta manera de situarse en el mundo e incluso de darse un mundo, comporta, como consecuencia, inmediata que Dios ha perdido o tiende a perder toda credibilidad. No hay literalmente “sitio para Él”.

Que eso se exprese en términos de “desencanto del mundo”⁹, secularización de la sociedad, indiferencia práctica o ateísmo teórico, la situación es la misma. Es tan evidente que no vale la pena insistir: “Dios ha muerto”, la gran palabra se ha pronunciado. De manera que para un número creciente de “modernos”, apenas si se

⁶ J. LADRIÈRE.. “Le panorama de l’Europe du point de ve de la philosophie des sciences de l’sprit”, in P. HUENERMAN (Ed.) *La nouvelle Europe*. Ed. Cerf, París 1994, p. 48.

⁷ *Id.*, p. 50.

⁸ *Ibid.*

⁹ Título de la conocida obra de M. GAUCHET.

atreven todavía a mencionar su nombre, apuntaba ya Bonhoeffer. Todo está pensado, interpretado y organizado, en resumidas cuentas, "fuera de la hipótesis de Dios"¹⁰.

c) Incluso el hombre está en peligro

Mientras se trate de conocer, de organizar y de dominar el mundo, y, finalmente, de procurarse un mundo que se cree que se puede configurar según los proyectos que se han formulado y con los cánones que se han definido, se puede estimar que esta autorizado para considerar que se está en condiciones de hacer avanzar la cultura, e incluso que la humanidad está entrando en un nuevo periodo cultural; ésta es la edad de la *modernidad*, comprendida como la edad de la razón y de las luces, del saber englobado y del poder creciente, del progreso y de la liberación de todos (*azimut*).

Pero hay que estar atentos. Ha sido necesario ver que esta pretensión de progreso no se ha hecho sin que, de hecho, se haya pagado un alto precio. No solamente, en efecto, ha tenido como resultado la afirmación, ya indicada, de la muerte de Dios, lo que, después de todo y por un tiempo al menos, podría considerarse como una liberación suplementaria, e incluso la suprema liberación. Pero resulta también, de una manera mucho más desconcertante, la constancia de que una amenaza radical, atenta, por otra parte, contra el hombre, hasta tal punto que se ha podido declarar muerto al hombre mismo¹¹.

El desencanto se ha redoblado. Pues ¡el hombre que había pronunciado el veredicto del desencanto del mundo, él mismo se ha desencantado! Los progresos de la ciencia y de la técnica han engendrado, de hecho, consecuencias y efectos que han sido y son a veces terribles, la bomba atómica representa su símbolo. Pero hay más -la lista no está cerrada- la influencia devastadora del estado totalitario; el desencadenamiento individual y colectivo de todas las formas de violencia; la explotación sistemática de unos a otros, tanto a nivel individual como en el de las naciones y de los continentes; el crecimiento de la pobreza de los más pobres; el sometimiento a lo inmediato por la imagen, la propaganda y la publicidad; el hundimiento de los grandes sistemas ideológicos y de los grandes relatos históricos; etc., etc.

Todo esto ha revelado y causado a la vez un estancamiento y una derrota generalizada de valores, de ideales, de referencias. De manera que mientras se pretende luchar, por otra parte, por las grandes causas (las mujeres, los negros, los homosexuales, o no sé qué más), se declara incompetente al mismo tiempo, en amplios sectores de opinión, todo principio, toda regla y toda ley. Se entra así, entonces, en una crisis generalizada de la moral; e incluso se llega a dudar de la existencia del hogar de la moral que llamamos tradicionalmente la conciencia...

Paradójicamente, el hombre aparece en definitiva restituido al funcionamiento forzado de las leyes de la naturaleza de las que la cultura había precisamente tendido a distinguirlo desde que el hombre es hombre. Algunos teóricos han llegado incluso a una especie de demostración de la "muerte del hombre". Etnología y sociología, sicología-

¹⁰ D. BONHOEFFER. *Widerstand und Ergebung*. 1995, 6ª ed., p.215. Cf. R. MARLÉ. *Dietrich Bonhoeffer témoin de Jésus-Christ parmi ses frères*. Ed. Casterman. París, 1967, pp. 127 s. [Hay trad. española].

¹¹ Ver M. NEUSCH. *Les chrétiens et leur vision de l'homme*. "Le christianisme et la foi chrétienne". Manuel de Théologie, 4. Ed. Desclée. París, 1985, cap. IV, p. 98-123.

psicoanálisis y lingüística lo mostraban: el hombre mismo y el conjunto de sus producciones tanto de lenguaje como de ideologías, tanto éticas como artísticas, tanto rituales como religiosas, serían analizados por una razón técnica capaz de demostrar las estructuras según las reglas de un formalismo estricto¹².

De ahí que propiamente hablando no tengan *sentido* ni la existencia humana ni la historia: es ilusorio creerlo. El hombre está emplazado a administrar una existencia que debe considerar como estrictamente encuadrada en los límites de este mundo. Ciertamente, para su conducta individual y para su vida en sociedad, debe, tanto como sea posible, darse líneas de conducta y por tanto ejes de referencia, y tendrá el deber de educar así a su descendencia Pero es necesario también que quede claro: estas líneas de conducta y estos ejes de referencia, sólo dependen de un consenso más o menos extenso y decidido, y en todo caso siempre temporal y revisable. Hay que tener la honradez de decir que serán observadas y transmitidas sólo en la medida en que se hayan creído obligados a aceptarlas como un mínimo vital para sí mismo y para sus semejantes. Pero será necesario reconocerse incapaz de *fundamentar* lo que se observe y transmita así. Se tendrá que admitir que a lo expuesto, verdaderamente no se puede *responder*.

2. Tareas para la fe cristiana en este fin de siglo

Me atrevería a decir que si las constantes que preceden, respecto a la situación de la cultura europea en este final de milenio, tienen algo de pertinente, las tareas de la fe cristiana son relativamente fáciles a designar¹³, aunque su puesta en práctica concreta no se realiza sin grandes dificultades...

De entrada son fáciles de designar porque en el fondo se trata de aceptar la causa de la cultura tal cual (al menos según el análisis propuesto más arriba) parece haber estado constituida, en todo caso hasta la época europea moderna. O sea, como una articulación pensada y querida de la causa del hombre, de la realidad del mundo y del orden de la trascendencia... mientras que es precisamente por una puesta en cuestión "en cadena" de estos tres planes que parece que se caracteriza, como hemos visto, la evolución cultural global de nuestro presente. Pero la designación de las tareas de la fe es también fácil porque, correlativamente, éstas se definen en el terreno en el que, según la reflexión hecha aquí (especialmente en la Segunda Parte), la fe cristiana, de siempre y como tal, ha podido precisamente realizar sus aportaciones mayores a la cultura humana.

Prácticamente, me parece que se pueden destacar y en orden, tres tareas, que se definen respectivamente por referencia a los tres elementos siguientes:

- el reconocimiento del hombre
- la novedad de Dios
- la responsabilidad del mundo.

a) El reconocimiento del hombre

¹² M. NEUSCH. *Rivages de l'homme*. Ed. Centurión. París, 1995.

¹³ Repitámoslo: no sin recibir ella misma algo de la cultura.

Parece que la primera tarea que debe reconocer la fe cristiana respecto a la cultura en este fin de siglo concierne al *hombre*. Ciertamente esto no quiere decir que la fe debe desinteresarse de Dios, pero ha llegado a ser tan problemático para tantos hombres y mujeres de nuestro contexto cultural que hay poca suerte de hacerse entender por ellos si se pretende abordarlos de golpe habiéndoles de Dios.

En cambio, la causa del hombre está en peligro, y las fuentes de luz o las proposiciones de "sentido" capaces de iluminarlo y de sostenerlo son tan poco numerosas o tan poco creíbles, que la fe cristiana ve abrirse aquí ante ella una gran responsabilidad, pero también -al final en cualquier caso- verdaderas oportunidades de ser escuchada y seguida.

Valorar la dignidad del hombre, mientras que se desarrollan abiertamente experimentos inconsiderados sobre lo humano, aborto y eutanasia; reafirmación de la unidad del hombre, y en particular integración estrecha de la dimensión corporal de la persona ante lo que es a la vez una sobrevaloración y una banalización de la sexualidad; revalorización de la unidad de la humanidad contra los racismos, los nacionalismos y todas las formas de exclusivismo, sean cuales sean las motivaciones: parece que hay en todas estas direcciones tareas urgentes y esenciales para la fe.

Si el hombre está en peligro, incumbe a la fe de prestarle su ayuda en nombre de lo que cree. Sin arrogancia, sin dureza, sin condenación; ni por interés, ni por propaganda, ni por preocupación por multiplicar sus propios adeptos. Sino *haciéndose "cómplice" de todo lo que en la cultura, va todavía, va siempre, o ya va en el sentido de lo humano y de la humanización cuando el hombre esta amenazado*¹⁴. Sencillamente porque el mandamiento de amar al hermano humanamente, sea el que sea, es, para la fe como tal, un mandamiento imprescriptible, como he recordado.

b) La novedad de Dios

Naturalmente, tales intervenciones de la fe no pueden realizarse sin que se indique, al mismo tiempo, lo que las inspira, y que es finalmente la fe en el Dios de Jesucristo. Pero precisamente, volver a Dios y hablar de Él a partir de los grandes interrogantes humanos de hoy y para hacer frente a la puesta en cuestión que, siendo fundamentales y acarreado tan grandes desafíos, se renueva con mucha radicalidad la aproximación y se podrá permitir un verdadero descubrimiento.

En el fondo, demasiadas personas pretenden saber muy bien lo que es Dios y se conceden una idea que tienen de Él para recusarlo. Pero el Dios que así rechaza el secularismo y el liberalismo, el cientismo y el racionalismo, no es precisamente el Dios del anuncio cristiano. Por eso se hace urgente volver en la presentación de la fe cristiana, a lo que constituye el corazón, y que concierne: Jesús, el Cristo, el Espíritu de amor y de santidad, el Padre de quien todo viene y a quien todo vuelve. Probablemente uno de los dramas más graves de hoy es, por otra parte, que muchos de nuestros

¹⁴. En un tiempo en el que no solamente el hombre duda de sus valores, sino que incluso su "muerte" es teorizada, importa todavía más que la fe se manifieste precisamente como "fe" (de Dios) en el hombre. Y que lo haga valorizando lo que *de todas formas* es positivo en lo "adquirido" de la modernidad, incluso si presentan un problema serio para la gestión ética – ante todo, claro está, los progresos de las ciencias y las técnicas.

contemporáneos se deciden respecto a la fe sobre puntos que no constituyen el corazón, a saber Dios mismo, en su proposición de alianza y salvación en Jesucristo.

En que hay, por tanto, una real receptividad sobre este plan en nuestra cultura y nuestra sociedad, se puede ver la señal en el hecho de que se asiste cada vez más a un despertar del "*sentimiento religioso*". Pero precisamente, este "sentimiento" aparece la mayoría de las veces tan difuso, y, unas veces tan incierto como otras veces tan "entusiasta" incluso fanático, que a parecerá probablemente más creíble, al menos al final, la figura más plausible, porque tiene a la vez toda la proximidad y todo el misterio, del Dios de la fe cristiana.

c) La responsabilidad con respecto al mundo

Al mismo tiempo en relación con una visión del hombre y con una concepción bien precisa de Dios, las tareas de la fe cristiana en la cultura de este fin de siglo se definen también con respecto a la responsabilidad humana en relación al mundo.

No se trata, para la fe, de dictar a los hombres lo que deben hacer en el mundo. Se trata, en nombre del amor a los hombres y en nombre de la fe en Dios, de recordar a la humanidad que ha recibido la gestión del mundo para el beneficio de todos los hombres y que por tanto, pensando especialmente en las generaciones futuras, se impone absolutamente el cuidar y cultivar, y no el dilapidar, los recursos.

Por otra parte, esto alcanza a la *preocupación ecológica*, tan característica de la cultura de este fin de siglo, y podrá ser emplazada en el cuadro general de una historia sensata, orientada, que, contrariamente a lo que otros pretenden, no ha llegado a su fin pero puede que no cese de tender y de orientarse hacia él, en el dinamismo de una esperanza fundada¹⁵.

Es el momento de poner fin este informe. En su tan notable Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi* redactada hace veinte años, diez años después del Concilio Vaticano II, Pablo VI consideraba que el drama esencial de nuestra época es el resultado, en resumidas cuentas, del divorcio que se ha introducido entre la fe y la cultura¹⁶. Esto es lo que debe hacernos estar atentos a la llegada acelerada de un nuevo milenio, su sucesor nos invita con insistencia a considerar que ahí está, ni más ni menos, el campo de trabajo de una "nueva evangelización". Por lo que en el prefacio a la edición del Symposium presinodal celebrado en el Vaticano en octubre de 1991 sobre el tema *Cristianismo y cultura en Europa*, el cardenal Poupard, presidente del Consejo Pontificio de la Cultura, escribía: "El designio del amor de Cristo que nos ha liberado resuena como una llamada a la libertad creadora de los cristianos, para hacer surgir la Europa nueva en su dimensión esencial, espiritual: el cristianismo ha moldeado a Europa, y el Evangelio ha sellado la identidad del hombre europeo de una manera

¹⁵ Ver J. DORÉ, "L'homme dans la nature. Les réflexions écologiques d'un théologien". *REVUE DE L'INSTITUT CATHOLIQUE DE PARIS*, 31 (julio- septiembre 1989) 17-27. De manera más general, sobre un cierto número de temas abordados aquí, podemos remitirnos a J. DORÉ "La responsabilité et les taches de la théologie", in *ID.* (Ed.). *Introduction à l'étude de la théologie*, t.II. Ed Desclée. París, 1992, pp. 343-430.

¹⁶ *Evangelii nuntiandi* 20: "La ruptura entre Evangelio y cultura es sin duda el drama de nuestro tiempo, como también lo fue en otras épocas".

indeleble¹⁷. En la conciencia de los duros interrogantes del presente, la memoria de esta rica historia pasada puede, en este final de siglo, volver a ponernos en camino y sostenernos en un proyecto renovado de reencuentros entre la fe que nos ha engendrado y la cultura característica de la modernidad.

¹⁷ *Cristianisme et culture en Europe*. "Memoria, conciencia, proyecto". Coloquio presinodal. Vaticano, 28-31 octubre 1991. Prefacio del Cardenal P. Poupard. Ed. Mame. París, 1992, p. 10.